

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINGENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

Juan ¿has cumplido?

—Dime Juan, ¿has cumplido este año con la Iglesia?

—Ya lo creo, Don José. ¿No dice usted que la Iglesia es una madre muy buena? pues un hijo siempre está cumplido con su madre.

—Mira, Juan, déjate de tonterías y contéstame ¿te has confesado este año?

—Mire usted señorito; todos los años me he confesado; pero éste.....

—Qué, éste ¿porqué no?

—Porque me han dicho que no hay necesidad de confesarse sino con Dios.

—Y tienen razón; basta que nos confesemos con Dios ¿quién lo duda?

—¿Conque usted me dá la razón?

—Pues claro es, hombre; ¿cómo te he de negar que solo Dios debe saber nuestras interioridades, y más si son pecados?

—Y por otra parte á nadie le importa lo que yo hago.

—Pues tienes razón veinte veces; ¿qué le importa al Cura, ni al Obispo, ni al Papa lo que yo hago malo ó bueno, ni lo que haga cualquier hombre? Dios ve todo lo que hacemos, ya nos juzgará.

—Sí, señor; claro. Pues por eso no quiero confesarme más. Y por otra parte, que puede descubrirme un pecado, puede decirlo el Cura, y venirme á mí ó á otros grandes perjuicios. No señor; lo que yo haga malo, que no lo sepa más que el cuello de mi camisa.

—Perfectamente, Juan; hablas como un libro.

—¿Conque hablo como un libro.....?

—Sí, como un libro malo; ¿qué te figurabas? Y ahora vamos por partes. Ante todo: eso de que el confesor dirá lo que en Confesion le digas, si te lo han dicho, te han dicho una vil calumnia. ¿Tú has sabido de algún confesor que haya dicho algún pecado tuyo ó de otro? dílo claro.

—Yo, no señor. La verdad es que no lo he oído nunca, pero me aseguran que sí que lo han dicho, algunos Curas.

—Pues te han engañado miserablemente, Juan. Es verdad que hay sacerdotes que no son tan buenos como exige su ministerio; es verdad. Que los hay malos, es verdad también, porque el sacerdote, por

serlo, no se desnuda de las pasiones de hombre, no; pero de ningún sacerdote se ha oído decir que haya revelado el secreto de la confesion; nunca, Juan; óyelo bien: *nunca*. Parece que Dios les pone un candado en la boca, ó que les hace olvidar cuanto han oído, en cuanto salen del confesonario. No se cuenta ningún ejemplo de confesor que haya revelado el secreto; sí que se cuenta de alguno que ha sufrido los tormentos y aún la muerte, antes que revelar una confesion: testigo S. Juan Nepomuceno. Pero ahora vamos á otra cosa. Tú te acuerdas de lo que decías, cuando te confesabas, antes de decir los pecados, es decir, de la confesion general?

—Sí señor.

—Pues díla.

—Yo pecador me confieso á Dios....

—Basta Juan, basta; ¿oyes? *me confieso á Dios*, dices; no dices *me confieso á Usté, Señor Cura*; ¿es verdad?

—Sí señor.

—Pues entonces ¿dónde está aquello de—no le importa al Cura lo que yo haga—si no se lo dices al Cura, sino á Dios? Luego el hombre confiesa con Dios, no con el Cura, pues comienza *me confieso á Dios*.

—Sí, pero ¿cómo le he de pedir perdón al Cura, si yo no le he hecho mal; ni cómo me ha de perdonar él, si no tiene recibido ningún agravio mío?

—Pues qué; acaso el Cura te perdona?

—Sí señor; me dice *ego te absolvo*; que me han dicho que quiere decir, *yo te perdono*. Con que él me perdona.

—Pero, borrico, sigue, sigue; *yo te perdono*, dice el Confesor, *en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*.

—Ah; eso no lo había yo notado.

—¿Ves, Juan, cómo te han engañado? Ves cómo á quien te confiesas no es al Cura, sino á Dios? ¿Ves cómo no te perdona el sacerdote, sino el mismo Jesucristo? ¿Tú crees por otra parte, que al sacerdote le dá gusto estar en el Confesonario horas y horas, escuchando lo que á él no le interesa, y oyendo bastantes veces muchas tonterías y necedades? Pues nó; no está allí por gusto, sino por obligacion. Además, Juan, oye otras razones de mucho peso. ¿Cuándo á tí te sucede algo malo, alguna desgracia en tus intereses, algun

disgusto en tu familia, qué haces?

—Pues vengo á desahogarme con usted, que me consuela en mis aflicciones, que me dá algun consejo, que me hace ver claro, porque en aquellos momentos estoy muy ofuscado; y contándoselo á usted, parece que me quito un peso de encima, y me vuelvo á mi casa más tranquilo. Además como estoy seguro de que usted no le ha de decir nada á nadie de lo que yo le confieso.....

—Ah Juan, conque «¿me confiesas?» sigue, sigue.

—Pues como yo creo que usted no lo ha de decir, se lo cuento, y me siento mejor cuando me desahogo, y usted me hace comprender que lo he hecho mal, ó me dá usted consejos para que otra vez lo haga mejor y me salgan bien mis negocios.

—Perfectamente dicho, Juan. Vamos por partes: me lo cuentas para desahogarte; muy bien. ¿Y con quien mejor te has de desahogar que con un hombre cuyo oficio es oír pecados, que está acostumbrado á oír cosas muy malas; que no le asustan los más grandes crimines, que está avezado á esa clase de desahogos, que estudia para saber consolar, y lo que es más—y entiéndelo bien—que sabes tú que á nadie lo ha de decir? Dices que yo te guardaré el secreto; pero mejor te lo guardará el sacerdote, que incurriría en graves penas si violara el secreto confesional.

—Pero, señorito, me queda una duda. Yo no digo que suceda conmigo, pero puede suceder con otros. Podrá el penitente saber más que el Confesor; y ¿está bien que vaya el que sabe más á tomar consejos del que sabe menos?

—Pero Juan ¿de qué se trata en la Confesion? no se trata de negocios; se trata de pecados; y no creas que el Confesor sea el que quiera, no ha de probar, antes de tener licencia para confesar, que sabe lo suficiente pena oír en confesion. Además, que—óyelo bien;—no es injuria que el penitente sepa más que el Cura, porque el penitente se confiesa allí con Dios y basta que con humildad se confiese, y con contricion, para que le sean perdonados sus pecados. ¿Y tú no sabes que también se confiesan los Obispos los Reyes y los Papas?

—¿También los Papas?

—Sí, también los Papas, como el últi-

mo pecador, y no querras tú que el Confesor sepa siempre más que el Papa. ¿Pero sabes la razon superior y de más fuerza que tiene la Iglesia Católica para obligar al Cristiano á confesar? ¿Té acuerdas de la doctrina? ¿Te acuerdas de los pecados capitales? ¿Te acuerdas que dice la doctrina que se llaman capitales porque son cabezas de otros muchos es decir, que los pecados capitales son los capitanes de los pecados. ¿Y quién es el jefe de esos pecados capitales? La soberbia, sí, la soberbia, General en jefe de todos los pecados y causa de la caída de Luzbel, de Nabucodonor, de Lutero, y de todos cuantos grandes pecadores há habido en el mundo y habrá hasta la consumacion de los siglos. Pues bien Juan; para castigar la soberbia, que todos tenemos, aunque no lo creemos; porque en algunos está escondida, muy escondida, pero saca la pata cuando menos se piensa; para castigar esta soberbia, para humillar al hombre, que es lo que más siente, es para lo que ha querido Jesucristo que sirviese también la Confesion Sacramental establecida principalmente para la remision de los pecados. Tú, hombre rico que nadas en la abundancia y en los placeres; arrodíllate delante de este pobre vicario ó de este pobre fraile, que no tienen más que su pobre sotana ó su roído sayal. Tú, sabio, político, diplomático que lleno de orgullo paseas hinchado y ensoberbecido; aunque sea cierto tu mérito hinca la rodilla ante éste que tú crees ignorante cura, y humildemente date golpes de pecho, que no te humillas ante él, sino ante Dios. Tú, General, Obispo, Rey que estás colocado en tan alto puesto, ven y dile á aquel oscuro sacerdote lo que hayas hecho contra la ley de Dios; no porque á él le importe, sino para humillar la soberbia, que sí que la tienes aunque tú no lo conozcas. Sí, Juan; lo que más cuesta al hombre, és humillar su orgullo, por eso la Iglesia en nombre de Jesucristo, autor de los Sacramentos, obliga á que todos nos humillemos, no ante otro hombre, entiéndelo bien, sino ante Dios, ¿y para qué? Para poner nuestra alma en cura; para combatir en nosotros esa enfermedad terrible; ese pecado gordo que lleva en la barriga los otros seis pecados capitales, causa de todas nuestras miserias, tristezas y desdichas. ¿Crees Juan que si todos los hombres se confesasen, y se confesasen bien, habría en el mundo tantos males que lamentar? ¿Habría tantos ladrones, tantos asesinos, tantos adúlteros y tantos malvados de todas clases? ¿El abogado que se confesase bien engañaría á sus clientes? ¿El comerciante que hubiera de restituir engañaría á los que

fuesen á comprarle? ¿El boticario adulteraría las medicinas? ¿te envenenaría el especiero? ¿te sisaría el criado?..... Pero escucha, para concluir, y sabrás lo que puede de la confesion.

Hace breves dias un concejal católico del ayuntamiento de S. Sebastian llamado D. Eduardo de Egaña se presentó á la corporacion y entregó en las arcas municipales la suma de *doce mil pesetas*. ¿De dónde procedía el dinero? De un sacerdote que se lo ha entregado por haberlo él recibido por vía de restitucion bajo sigilo sacramental.

En estos mismos dias también, casi al mismo tiempo y en la misma poblacion el diputado provincial católico D. Ignacio Lardizabal, entregaba en las cajas de la provincia *ocho mil pesetas*. ¿De dónde venia aquella suma? De otro sacerdote que se las habia entregado para que las restituyese por encargo de otro penitente.

Y ahora bien ¿qué te parece de una institucion que consigue tales triunfos? No te parece que sobre ella podría fundarse una felicísima república?

—¡Magnífica república,! D. José; ni la de Platon. Esa si que haría la felicidad del pueblo.

—¿Quiéres que la fundemos?

—Si señor.

—Pues cumplamos bien tú y yo con la Iglesia y ya tiene la república dos buenos republicanos á quien mandar.

Joaquín Martínez Lozano.

PENSAMIENTOS.

SOBRE LA CONFESION

Conócete á ti mismo, es el problema de la sabiduria antigua; *confesate*, es su solucion.

Para confesar nuestros vicios es necesario empezar por sentirlos, y tener un principio, un *indicio* de *despertamiento* y de curacion; pero para completar este *despertamiento* y esta curacion, es preciso confesarlos.

La confesion tiene de admirable que concentra una de las fuerzas más grandes del alma, la del remordimiento, la de la necesidad de la expiacion, y la de la esperanza del perdón. Como por un resorte secreto, hace abrir la mano del usureiro y devolver á su dueño el caudal adquirido injustamente; hace aparecer la reparacion en los caminos del escándalo, el perdón en los de la ofensa, la retractacion en los de la calumnia; obliga á pagar mil secretas deudas de conciencia, y no per-

mite al culpable participar de los bienes del cielo, hasta haber reparado, en cuanto le es posible todos los males que pudo haber hecho en la tierra.

La confesion dice Voltaire, puede considerarse como el mayor freno de los crímenes secretos; es muy buena para obligar á los corazones más enconados á perdonar, y para hacer devolver á los ladrones lo que hayan robado á su prójimo.

La confesion, dice Augusto Nicolás, es una obra maestra de purificacion social. Todas las instituciones civiles y políticas se limitan á la superficie de las sociedades, y solo arreglan las acciones en sus efectos exteriores. A la aparente armonia que de esto resulta, se la llama civilizacion. Sin embargo, en el seno de esta civilizacion, ¡cuántos apetitos salvages, instintos feroces mal disimulados, que comunican con el infierno por medio de misterios de iniquidad, que no tienen nombre en las lenguas humanas! Ahora bien ¿quién no conoce las ventajas que reporta á la sociedad ese *tribunal de las almas* que abraza todos los misterios de la voluntad, del pensamiento y del deseo, que no solo reprime y castiga el homicidio, sino tambien la murmuracion; no solo el adulterio, sino las simples miradas; no solo las venganzas, sino la falta de caridad, y nos hace interiormente culpables á nuestros ojos antes que los seamos á los ojos de los hombres? Situado en las primeras avenidas de la conciencia, este sagrado tribunal vela mientras las leyes humanas están dormidas, atendiendo al menor desorden y preparando lo corazones al cumplimiento de todos los deberes públicos y sociales, por la observancia íntima de los deberes religiosos y secretos.

MORIR ALEGRE

D.,..... de edad de 30 años, de un carácter dulce, franco y leal se había pervertido entregándose apasionadamente á las malas lecturas. De error en error cayó finalmente en el materialismo: el fondo de saco á donde conducen casi siempre las groserias de la inteligencia. Miraba sobre todo con horror á la religion católica, y había concebido un odio implacable contra sus ministros que él llamaba pomposamente *azote de la humanidad*.

Atacado de una tisis pulmonar se adelantaba hácia su fin. Una hermana suya muy virtuosa era la encargada de cuidarle. Cuantos esfuerzos hizo para hacerle entrar en el buen camino fueron inútiles. D..... contesta-

ba siempre, que no creía en Dios. Una piadosa señora amiga suya concibió sin embargo la idea de convertirle por medio de la oración é imaginó que lo mejor era inscribirle en cierta asociación religiosa (la del Inmaculado Corazón de María,) á cuyo efecto fué á buscar al sacerdote director y pidió la inscripción del jóven enfermo reservándose decir nada de su estado moral.

Al día siguiente que era domingo hicieron por el enfermo oraciones públicas; y el lunes inmediato fueron ofrecidas en su favor varias comuniones.

Este día fué uno de los más crueles para el pobre físico: sucesivamente experimentó varias crisis que le redujeron al último extremo. Por la tarde recibió la visita de su médico, hombre creyente. El enfermo le preguntó sobre su estado.

—Amigo mio, le contestó el doctor, debo serle sincero; se encuentra usted próximo á morir. Creo que debe usted aprovechar los momentos que le quedan si ha de reconciliarse con Dios.

—Doctor, contestó D.... con voz apagada pero firme, dispenseme usted y no hablemos de eso. No creo que haya Dios á más de que si le hay no tengo de qué acusarme. Hace siete años que me sacrifico por la humanidad y si muero es por ella.

Es de advertir que D..... no solamente era esclavo de la impiedad más brutal, sino que además era un fanático partidario de las más extravagantes teorías políticas que él consideraba la salvación de la humanidad. El médico continuó por algunos momentos exortándole, pero el enfermo volvió la cabeza.

Habiase llamado á una hermana de caridad para que le cuidase. Cuando salió el médico, D..... dijo á la hermana.

—¡Qué hombre más pesado! Siempre me habla de lo mismo. Ve que me fatiga y no quiere callarse.

La hermanita, observando la debilidad y abatimiento del enfermo se contentó con decirle.

—Sin embargo, amigo mio, comprenda usted que corre usted gravísimo peligro. ¿Qué sería de usted si llegara á equivocarse en eso que usted dice de que no hay Dios? No hay hombre que en la presencia de Dios pueda decir que se halla sin mancha.—¡Oh benéfica María!, añadió interiormente la hermana orando por el desdichado enfermo, ¡esta es la hora de vuestro triunfo!

D..... volvió la cabeza y fijó los ojos en la hermana.

Después quedose pensativo por algunos momentos.

—En verdad, exclamó de repente con una voz que no parecía salir de su pecho moribundo, hay hechos portentosos que no pueden negarse y en este momento me acuerdo de uno de ellos; la multiplicación de los panes y de los peces en el desierto por el poder de Jesucristo ante un pueblo entero.

—¡Oh Jesús mio, exclamó transformándose por momentos, yo os reconozco por mi Dios!

—Haced venir ahora mismo á un sacerdote, añadió dirigiéndose á la hermana. Quiero confesarme esta misma tarde. ¡Quién sabe si mañana será tiempo!

La gracia de Dios había penetrado en aquel pecho indurecido, como el rayo de luz y de calor penetra en el fondo de un lago rota la capa de hielo que lo cubre. Momentos antes, D..... era un impio que renunciaba á Dios, que desafiaba su justicia. Repentinamente, en un abrir y cerrar de ojos, habiase convertido en un pecador penitente, en un hijo sumiso y fiel que imploraba el perdón de su padre.

Aunque era ya tarde y D..... se hallaba muy abatido, como el peligro era tan inminente y el enfermo instaba tanto, no se pudo diferir la confesión para el siguiente día. El mismo D..... designó el confesor y pidió llamasen á un sacerdote á quien había recibido muy mal algunos días antes.

—Padre, exclamó D..... cuando le vió entrar, me hallo en mis últimos momentos; quiero reconciliarme con mi Dios.

Desde aquel instante, D..... ya no era el mismo: el hombre viejo, el hombre impio, el hombre dominado por las pasiones había desaparecido cediendo el lugar al hombre nuevo, al dulce y docil cristiano. Poco antes estaba muy triste: momentos después estaba tan alegre que no sabía como manifestar su alegría. Antes se hallaba abatido, caído, moribundo; de repente, animado por una fuerza extraordinaria no durmió en toda la noche. Continuamente hablaba de su felicidad, de su alegría, de sus esperanzas y pedía que rezasen con él. Le recomendaban que descansase, que callase, mas él contestaba.

—¡Oh! no, si estoy mucho mejor..... no estoy cansado..... soy el más feliz de los hombres.

El 20 de Junio se confesó otra vez con manifiestas señales de profundo arrepentimiento. Durante el día manifestó un deseo ardiente de recibir la sagrada comunión.

—¿Cuándo recibiré á mi Dios? preguntaba.

La mañana del 21 le anunció su confesor que iba á administrarle el Viático y la Extrema-Unión, y habiéndole explicado lo que era esta, quedó admirado de la bondad divina. Pedía constantemente que le repitiesen los artículos de la fé y que le diesen explicaciones.

—¡Oh Dios mio! exclamaba; cuán ciego me hallaba y cuán infeliz era no creyendo lo que ahora me parece tan creíble.

Después de la comunión se halló su corazón tan satisfecho que no sabía como explicar su dicha.

—¡Oh qué rico soy! decía cómo lo haré para dar gracias á Dios, y manifestar mi agradecimiento?

Luego, recibió el Sacramento de la confirmación. El Arzobispo de Paris pasó á su misma casa y le confirmó. Desde aquel momento su fervor parecía aumentarse. Habla de Dios y de la religion de un modo ad-

mirable. "No pido á Dios, repetía, sino algunos días más de vida para tener más dolores que ofrecerle."

Su amor para con Dios le hizo desear la gracia de consagrarse á su servicio. Pidió y obtuvo permiso de hacer el correspondiente voto para el caso de que Dios le restituyese la salud. "Si Dios quiere sacarme de este mundo, estoy resignado: pero si me restituye la salud, trabajaré para convertir aquellos que amo."

Si se le escapaba alguna palabra de impaciencia, luego miraba su crucifijo y decía. "¡Oh cuánto padeció mi Salvador por mí, ya no me quejaré más."

Después de su conversión comulgó varias veces. Tres semanas pasó disfrutando una gran libertad de espíritu. La cuarta semana, que fué la última de su vida, la pasó en delirio, pero en medio de su extravío, se percibieron los efectos de su conversión. "Mis amigos, mis amigos, exclamaba; todos me dicen que tienen una religion..... el materialismo..... el materialismo..... ¡Oh! vendrá un tiempo en que los hombres comprenderán que no se hallan en la tierra solo para sembrar..... á donde están los que no creen en el infierno?... ¡Ah, infelices los que no se conviertan!

D..... volvió en sí dos días antes de su muerte, y las pasó en continua unión con Dios. Por fin el día 16 de Junio fiesta de nuestra Sra. del Carmen al pronunciar estas palabras "Jesús, María, José, yo os ofrezco mi corazón, mi espíritu, mi vida," perdió el conocimiento y entregó su alma al Criador. ¿Verdad lector que el morir alegre es cosa difícil.

Y sin embargo ¡oh poder de la humilde confesión de los pecados ¡quien á ella se entrega, hasta llega á trocar en alegrías las tristezas de la muerte.

Á JESÚS CRUCIFICADO

I.

Dulce Jesús de mi vida á quien con el alma adoro; vuestra compasión imploro para esta alma dolorida. Ved Señor que es grande herida la herida de mi dolor, pero ved también, Señor, que es más grande si quereis el perdón que Vos teneis para el pobre pecador.

II.

La carne á cada momento á placer fugaz me incita, y el espíritu se irrita, y en lucha está el pensamiento. Contra ataque tan violento ninguna muralla es fuerte, que el corazón rueda inerte si no le amparáis Vos mismo,

y va á parar al abismo
insondable de la muerte....

III.

Aunque un río derramara
de sangre mi cuerpo herido
tengo por cierto y sabido
que por él, no me salvara;
Pero si á Vos me acercara
llorando angustias y penas,
de las miserias terrenas
me salvaría indulgente
una gota solamente
de sangré de vuestras venas!

IV.

Barro nací y barro soy;
sé que vivir es sufrir,
sé que voy hacia el morir
á cada paso que doy.
Pues si hacia la muerte voy
y el placer ha de acabar
donde principia el penar,
¿por qué no voy de tí en pos
si está en tu pecho mi Dios
el sempiterno gozar?..

V.

Mas ¡ay! que el alma encerrada
en esta cárcel terrena
sufre, se fatiga y pena
y sin Vos no puede nada.
Porque aunque gima angustiada
y hácia Vos vuelva los ojos,
se detiene en sus anteojos,
más dura que arrepentida,
y está en la cárcel metida
si Vos no abris los cerrojos!

VI.

Vos gigante; yo pequeño;
la sombra yo; Vos la luz;
Vos muriendo en una cruz;
¡yo viviendo en un mal sueño!
¿Como pues mi dulce dueño
me atreví á ofenderos yo?
De qué modo se ofusó
mi corazón, que pensando
que iba la vida buscando
con la muerte se encontró?..

VII.

¡Perdón, tendédme los brazos;
quiero hartarme de caricias
gozando en paz las delicias
de vuestros tiernos abrazos!
Caiga este hielo en pedazos
de vuestro amor al calor!
Alzadme de aquí, Señor,
que ante vuestros piés rendido
tan solo una cosa os pido...
¡amor! ¡amor! ¡mucho amor!

L. R.

De la facilidad de salvarse

Bueno será decir algo de la facilidad que tenemos de salvarnos, á fin de que no caigamos jamás

en el desaliento, y de que tengamos todos en el Salvador divino aquella confiada esperanza que acrecienta las fuerzas para obrar bien, robusteciendo igualmente el amor á Jesús. El P. Faber trata muy por extenso de este simpático asunto en su bellísima obra *El Criador y las criaturas*. Nosotros nos reduciremos á presentar aquí algunos de los argumentos principales en apoyo de la tesis defendida por Faber, á saber: que consiguen la salvacion la mayor parte de los católicos, remitiendo al que quiera ahondar en esta materia, á la obra citada.

Que Dios desee salvarnos, cosa es que no admite duda, por poco que se consideren las pruebas luminosas que de este deseo nos ha dado. Crió al hombre en estado de gracia como á los Angeles; lo redimió, mediante la Pasion de su Hijo Unigénito, de la esclavitud del pecado, y no pesa jamás de verter sobre nosotros abundantes gracias de todo género. Hay más: el tener su amor siempre por fin nuestro mayor bien; la recompensa que otorga aun por los buenos pensamientos, y el serle tan grato nuestro amor, por el que llega á mostrárenos agradecido, nos lo confirma más todavía.

Pero es tambien facil en sí mismo el salvarnos. El niño, hijo de padres católicos, apenas venido al mundo es adoptado por hijo de Dios en virtud del santo Bautismo y adornado con el hábito de las virtudes, fe, esperanza y caridad, y con los dones del Espíritu Santo; y he aquí como todavía falto de razon, Dios toma posesion de él, y lo enriquece con su bondad, toda misericordia. Llegado á la edad de la razon, se le imponen algunos preceptos pocos en número y fáciles de cumplir. Encontrará, es verdad, en el mundo muchos peligros de caer, pero solo la culpa grave, conocida y querida, le quita el derecho al Cielo. Aun después de caer en culpa grave, le quedan todavía fe y esperanza que le conducirán á aquel milagro del amor divino—pues tal es el Sacramento de la Penitencia—donde encontrará el perdón de sus pecados; y si aún después de la Confesion quedan manchas en el alma, podrá en vida borrarlas con obras buenas y santas Indulgencias; si se hallare en peligro próximo de muerte, le purificará el Santo Oleo, y aun en el Purgatorio un rayo de la misericordia divina vendrá á recrearle.

También se infiere la facilidad de salvarse de la abundancia de auxilios que para tal fin nos concede el mismo Dios. Si nuestros principales deberes consisten en adorar á Dios, en darle gracias, en pedirle perdón por las culpas cometidas y las gracias necesarias, á todos estos cuatro objetos podemos satisfacer con la Santa Misa. Antes de que llegue el tiempo de nuestra bienaventuranza, que nos una á Dios en el cielo, Dios mismo nos da el modo de hacerlo en la tierra, y con gran mérito, merced á la Santísima Comunión. Si nos amenazan continuos peligros, tenemos un Angel custodio que nos protege. Si á causa de nuestra miseria necesitamos que alguien interceda por nosotros cerca de Dios, tenemos á los Santos y á la misma Madre del Salvador, que cumplirán tan piadoso oficio. Y aunque nuestra vida sea una no interrumpida cadena de amarguras, podemos unir nuestras penas con las de Jesús crucificado, y de tal modo santificarnos hasta convertirnos en lo que el Apóstol llama el buen perfume de Cristo.

Que si son muchos los que viven sumidos en el vicio, y muchos también los que detestan las prácticas de la piedad cristiana, esto no prueba que sea difícil salvarse, pues es cierto que los mismos placeres causados por el pecado no son otra cosa que una exaltacion de los sentidos, son

de corta duracion; causan la ruina y el embrutecimiento del espíritu, y dejan en el corazon un remordimiento tal que hacen del pecador un ser extraordinariamente desdichado, insoportable á sí mismo, adusto y acre para con los demás, sin gusto de vivir, horrorizado ante la idea de la muerte. Por el contrario el que vive como buen cristiano, satisface el corazon con la afectuosa resignacion á la voluntad paternal de Dios, disfruta de una vida tranquila, sin que las efímeras sacudidas del vicio vengán á turbar su reposo, y por el camino del amor llega á unirse con Jesús, único que puede brindarnos con una paz sincera y segura.

El Infierno con sus pavorosas penas, que nunca tendrán fin; la dulce esperanza del cielo abierto al cristianismo de buena voluntad, estas y otras consideraciones en que abunda la doctrina católica, son medios eficacísimos para vencer las tentaciones, para romper los lazos de las pasiones y del mundo, y vivir en gracia. Facil es, pues, el salvarse; esta facilidad está tambien confirmada por las enseñanzas de los Santos; constituye nuestro consuelo sin librarnos del temor, y hace honor á aquel Dios que es nuestro amante Criador y nuestro Salvador piadoso.

BIBLIOTECA

DE

LA LECTURA POPULAR

Con el pasado número acompañamos á nuestros suscriptores el cuaderno primero de esta Biblioteca, que á petición de algunas personas, hemos comenzado á publicar y cuyo objeto es propagar nuestras lecturas en forma de libritos ó cuadernos que conserven siempre su actualidad. En dicha Biblioteca saldrán á luz los trabajos publicados en nuestro periódico y otras que convenga publicar aun que no haya salido en él.

Se dividirá en dos secciones.

Primera. La de las *Lecturas Populares Ilustradas*, que saldrán en cuadernos de 16 páginas en cuarto con cubiertas.

Segunda. La de las *Pequeñas Lecturas* que saldrá en libritos de 28 páginas en dieciséisavo.

Precios

Cuadernos Ilustrados

Plas. Cénsts.

10 cuadernos en papel satinado.	0'60
100 « « «	5'50
1000 « « «	50

Pequeñas Lecturas

10 opusculitos en papel satinado.	0'30
100 « « «	2'75
1000 « « «	25

ADVERTENCIAS

Las asociaciones y centros de propaganda católica que deseen adquirir gran número de ejemplares, obtendrán un aumento proporcionado á su pedido; que será convenido particularmente.

Además de las ediciones en buen papel, se harán otras más económicas, en papel comun.

Los pedidos acompañados precisamente de su importe se dirigirán á la administracion de *La Lectura Popular*, Orihuela, remitiendo por separado el franqueo á razon de 50 céntimos de peseta los 100 cuadernos y 25 los 100 opúsculos.